

Carlos García Prada

El paisaje en la poesía de José Eustasio Rivera y José Asunción Silva ⁽¹⁾

I



EN la introducción a nuestra *Antología de líricos colombianos*, al discutir la índole de la poesía de Colombia, variada y romántica en sus aspectos esenciales, dijimos que allí existen cuatro *climas* estéticos que corresponden a sus cuatro climas geográficos, y que tan interesante fenómeno se comprende bien cuando se estudian con cuidado los lugares donde nacieron y pasaron la adolescencia los líricos colombianos más originales y se relacionan con las obras poéticas en que expresaron su actitud vital y su ideal aspiración.

Nuestra tesis ha merecido juicios críticos diversos, favorables y benévolos unos, adversos y festivos los más...

Se ha dicho que nosotros, de brazo con los poetas colombianos, nos hemos ido por el mundo de las maravillas, dejando a un lado el criterio objetivista, sobrio y discreto que debe guiar toda discusión científica y seria; y se sigue afirmando que el poeta José Asunción Silva, por ejemplo, «nada tiene de colombiano», si se compara su obra con la de José Eustasio

(1) Read at the twenty-third annual meeting of the American Association of Teachers of Spanish, San Francisco, December 27, 1939.

Rivera, que «sí lo es en todo sentido», por haberse inspirado en su propio ambiente, «cosa que no hizo aquél sino a medias» y de cuando en cuando! . . .

Por haberse dicho semejantes cosas, volvemos hoy sobre el tema, con la esperanza de persuadir y convencer a los incrédulos, si tal fuere posible: concretándonos al caso de estos dos poetas, y dejando para otra ocasión lo que conviene al considerar la poesía de Guillermo Valencia y la de Porfirio Barba Jacob, que encarnan otros dos climas estéticos distintos, si bien no tan diferenciados.

II

José Eustasio Rivera nació en Neiva (1889), capital del departamento de Huila, y allí creció y recibió su primera educación. Neiva era entonces, y es todavía, una villa sin historia, que fundaron hace siglos gentes de buena estirpe castellana, en un valle ardiente,—estuche de arcanos silencios—, que anida entre las formidables estribaciones de las cordilleras Central y Oriental del Ande Colombiano. Una villa de calles angostas, de casas bajas y blancas de tejados rojizos y pardos, de plazuelas umbrías y de templos y conventos apacibles. . . Una villa señorial y orgullosa donde no sucede nada, porque sus hijos, sencillos y castizos, viven y mueren sin protestas, libres de inquietudes metafísicas, robustos y alegres unos, secos y palúdicos los otros, y casi todos primitivos y muy apegados a la tierra que los nutre. . . Una villa soñadora que abanicen mil palmeras cuchicheantes y que arrullan las aguas lentas y poderosas del Río de la Magdalena. . . Una villa medio embrujada, cuyo destino «nunca profanos ojos leyeron», según lo afirma su poeta.

El Valle de Neiva, cubierto de extensos pajonales y de selvas milenarias, está rodeado de majestuosas y arrebatadas montañas, y anegado por las aguas del Magdalena. Es un valle típicamente tropical, que envuelven las nieblas mañaneras, se

encienden en luces y colores durante la canícula, y luego se aduerme bajo los cielos tachonados de estrellas en las quietas noches opalinas. Es un mundo completo en miniatura, primordial y salvaje, hermoso y escondido...

Y en él pasó su niñez y su primera juventud Rivera, el hombre sano, fuerte, sereno, justo y generoso, el poeta de alma «esposa de los vegetales», que expresó su visión trágicamente bella de la vida y de las cosas, logrando identificar su obra y su existencia como pocos.

Muy temprano se inició Rivera en la vida literaria, con la publicación de dos odas, una a España, «altísima y muy noble» —como lo dijo don Miguel de Unamuno—, y otra a Ricaurte, héroe de San Mateo, «de sello profundamente autóctono» —según la opinión de don Guillermo Valencia—. Empero, con ser tan afortunadas las dos odas, el poeta soltó la trompa lírico-épica, se internó en el ambiente natío, y nos dió *Tierra de promisión*, obra de grande originalidad y hermosura, en sonetos que se han calificado de «parnasianos», aunque sólo lo son en apariencia... Y más tarde, nos dió *La vorágine*, novela poemática de honda americanidad, que tanta fama ha logrado por el mundo.

Neiva, su valle, el río, las montañas, la selva y los miles de seres que allí pululan y luchan por conservar su existencia devorando la de sus prójimos, he ahí los temas de *Tierra de promisión* que el poeta amó y temió, que él sacó de la naturaleza ambiente, con la cual estuvo en contacto directo,—de persona y de intuición—durante los primeros veinte años de su vida maglorada, ora como muchacho aventurero, como pescador y como cazador de fieras y de imágenes, ora como artista enamorado de las formas y de las fuerzas que las agitan y dominan...

En la villa de Neiva, por exceso de blancura, en muros y empedrados, y por exceso de luz, el aire caldeado es puro y transparente, y casi todo es diáfano y espectral... Allí la mente humana aprehende las imágenes vivas y fugaces de las co-

sas, pero no las ideas que ellas encarnan, y esas imágenes, como sueños perdidos, se mueren al nacer. . .

El Valle, con sus pajonales esmeraldinos a veces, dorados otras, y sus selvas inmensas, reúne en el lecho del Magdalena las aguas de muchos ríos y arroyos que se descuelgan de las montañas, juguetones, y que luego sosiegan su curso al ofrendarlas al Gran Río.

Y el Magdalena, que «tiene la virtud de vincular geográficamente la tierra de Colombia», según lo apunta López de Mesa, guarda «el sino mismo de la raza, sus quehaceres cotidianos, la callada elación de sus anhelos y la incipiente espiral de su cultura».

«A esos bosques de las riberas y a ese curso anchuroso y sereno del Magno Río cubre un cielo de insondables lejanías: en su gradación de distancias, hacen las nubes una perspectiva de infinito. . . Ahí es alto el zenit, lila ensoñador el azul celeste, alcázares remotos las nubes de amianto con reborde suave de violeta, gualda o carmesíes, otras más distantes y aun más ligeras, en rizos alargados como plumas de avestruz, que navegan en un horizonte abierto a proyecciones siderales calladamente luminosas» . . . Allí el alma del hombre «se cierne en vislumbres de eternidad, crece con la infinitud de las rutas espaciales, ensanchada y diafanizada como una conciencia vagarosa de la luz que avanza y se diluye, cual un prelude armonioso de la esencia divina» . . .

¡Son los bosques del trópico! . . .

Inmensos, apretados, profundos, llenos de encrucijadas y acechanzas. Árboles gigantescos, frondosos y recios los más, esbeltos y flexibles los otros, y casi todos cubiertos de orquídeas, musgos, lianas y bejucos: son las *ceibas* tremendas, los *búcaros* de flores encarnadas, los *pindos* maravillosos, los *guáimaros* acogedores, los *yarumos* de plateadas hojas enormes, los *cedros* y *caobas*, majestuosos, los *tachuelos*, los *balsos* de maderas más ligeras que el corcho, y tantos más, y las palmeras *chontas*.

mararayes de frutos carmesíes, macanas de durísimo tronco, corozos, cocoteros, datileras, y más... Son las selvas, cárceles de verdura incomparable, con sus ciénagas de aguas dormidas, y sus moradores: miriadas de fieras, jaguares, pumas, dantas, osos, venados, caimanes, y miriadas de insectos de caprichosas formas y colores, venenosos unos, delicados y amigos otros, y los reptiles amenazadores...

¡Y más allá, las montañas!... ¡Dos cordilleras soberbias, apocalípticas, con sus innúmeros cerros y picos, agrios y desnudos, sus valles, mesetas, gargantas y vertientes, y sus volcanes, el Sumapaz, la Fragua, el Miraflores, el Puracé, el Soratá y el Huila, emperador, que miden de nueve mil a disciocho mil pies de altura sobre el nivel del mar!

¡Y todo ello, valle, río, selvas y montañas, bajo la luz cambiante del sol del trópico fecundo!

Allí nació y creció Rivera, el poeta hermano de los vegetales. No nos extrañemos si en su obra, de tan acentuado colorismo dramático, no hallamos ideas ni sistemas filosóficos, sino imágenes y masas en movimiento, grávidas de presentimientos y de anhelos vagos, confusos... En *Tierra de promisión*, cada soneto es un cuadro completo, de amplias perspectivas, que, en sus versos alejandrinos y endecasílabos, encierra un aspecto de la vida del valle tropical, y, a menudo, el alma misma de Rivera, noble y cristiana magüer su lírico panteísmo primitivo.

Soy un grávido río, y a la luz meridiana
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;
y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje
se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana;
y peinando en los vientos el sonoro plumaje,
en las tardes un águila triunfadora y salvaje
vuela sobre mis tumbos encendidos en grana.

Turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo,
al pasar ante el monte que en las nubes descuella
con mi trueno espumante sus contornos inundo;
y después, remansado bajo plácidas frondas,
purifico mis aguas esperando una estrella
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.

Así se inicia el poema, *Tierra de promisión*. ¿Se trata de un soneto parnasiano, objetivo, impersonal? No lo creemos. El poeta ha hecho del río un símbolo, identificándolo con su propio ser: en los demás sonetos, y luego en *La vorágine*, el tema se desenvuelve en toda su amplitud, y sin tropiezos. Los versos de Rivera, sonoros y coloristas, no sólo describen, sino que interpretan,—urnas de lírico afán—el paisaje y los elementos que lo forman, en sí mismos y en su incesante lucha por la existencia:

En un bloque saliente de la audaz cordillera
el cóndor soberano los jaguares devora;
y olvidando la presa, las alturas explora
con sus ojos de un vivo resplandor de lumbrera.

Entre locos planetas ha girado en la esfera;
vencedor de los vientos, lo abrillanta la aurora,
y al llenar el espacio con su cauda sonora
quema el sol los encajes de su heroica gorguera.

Recordando en la roca los silencios supremos,
se levanta al empuje colosal de sus remos;
zumban ráfagas sordas en las nubes distantes,
y violando el misterio que en el éter se encierra,
llega al sol, y al tenderle los plumones triunfantes
va corriendo una sombra sobre toda la tierra!

En la tórrida playa, sanguinario y astuto,
mueve un tigre el espanto de sus garras de acero;
ya venció a la jauría pertinaz, y al arquero
reta con un gruñido enigmático y bruto.

Manchas de oro, vivaces, entre manchas de luto,
en su felpa ondulante dan un brillo ligero;
magnetiza las frondas con el ojo hechicero,
y su cola es más ágil y su ijar más enjuto.

Tras las verdes palmichas, deteniendo su brazo,
templa el indio desnudo la vibrante correa,
y se quejan las brisas al pasar el flechazo...

Ruge el tigre arrastrando las sangrientas entrañas,
agoniza, y al verlo que yacente se orea,
baja el sol, como un buitre, por las altas montañas!

Atropellados, por la pampa suelta,
los raudos potros en febril disputa,
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crin revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces paran el triunfante casco,
resoplan, roncós, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento.

Con pausados vaivenes refrescando el estío,
la palmera engalana la silente llanura;
y en su lánguido ensueño, solitaria, murmura
ante el sol moribundo sus congojas al río...

Encendida en el lampo que arrebola el vacío,
presintiendo las sombras, desfallece en la altura;
y sus flecos suspiran un rumor de ternura
cuando vienen las garzas por el cielo sombrío.

Naufragada en la niebla, sobre el turbio paisaje
la estremecen los besos de la brisa errabunda;
y al morir en sus frondas el lejano celaje,
se abandona al silencio de las noches más bellas,
y en el diáfano azogue de la linfa profunda
resplandece cargada de racimos de estrellas.

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.

Arrurrúuuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,
al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... y se apaga la luz!

Así, en estilo personalísimo, que ni siquiera evita lo que podríamos llamar el *autoplagio*, continúa el poema, enérgico y libre a veces, otras recatado y blando, como corresponde no sólo a los temas favoritos de Rivera, sino a su propio temperamento poderoso, áspero y dinámico, e ingenuo y equilibrado a un mismo tiempo... Todo en *Tierra de promisión* es color y es drama; como en *La vorágine*, Rivera es el poeta del trópico. ¿Y José Asunción Silva?

III

El atediado y sensitivo poeta de los *Nocturnos*, sin ser nada «tropical», es colombianoísimo como el que más... Sólo que su *clima estético*, colombiano como el de Rivera, es bien diferente, como lo hemos de ver.

Dejemos el Valle de Neiva, su río, su selva, y su vida trágicamente bella. Ascendamos hasta llegar a la Sabana de Bogotá, que está a ocho mil setecientos pies de altura sobre el nivel del mar. ¡Qué cambio tan extraordinario, tan increíble!... El Valle y la Sabana, y Neiva y Bogotá, son mundos diferentes, casi contradictorios.

Reclinada al pie de las faldas de los montes que por el oriente flanquean la Sabana, está Bogotá, capital de la República, la ciudad donde nació, en 1865, José Asunción Silva, y donde pasó su juventud de aristócrata culto y estudioso, y le puso fin a su vida atormentada a los treinta y un años de edad. Era entonces Bogotá—que ha cambiado mucho modernizándose— una ciudad silenciosa, íntima y discreta, de severas casonas coloniales, de calles largas, rectas y estrechas, cubiertas de polvo durante las sequías y de lodo en las largas estaciones de las lluvias. Una ciudad gris, cautiva de sí misma, alejada de las rutas del mar y del comercio, habitada por gentes de rancia estirpe española, que vestían siempre de negro y eran amigas de la cortesía, de la elegancia en la fábula y en el ademán, chapadas a la antigua, locuaces, discretamente irónicas y enamoradas, sin saberlo quizás, de la soledad y de la muerte... Una ciudad aburrida, fría y húmeda, azotada de cuando en vez por aguaceros y granizadas horripilantes, y a menudo herida en el alma por nieblas y lloviznas, y por los gélidos vientos que soplan de los desolados y foscas páramos vecinos... Una ciudad ensimismada, espiritual, que de continuo se entregaba a la infame voluptuosidad del recuerdo, de la *saudal* y la agonía...

Una ciudad universitaria y monástica, cuyas clases cultas no sólo regían la vida misma de Colombia, sino que ponían en ella un ritmo de sosiego, de temperancia y de mística elación...

La Sabana, antes fondo de un lago andino desaparecido y asiento de la antigua civilización chibcha, desaparecida también, es una dilatada meseta plana, monótona, cubierta de árboles de escaso follaje, al Norte, y al Occidente estéril y solitaria... Habitan la Sabana gentes mestizas, rubicundas, terrosas, herméticas y acaso fantasmales, que se envuelven en *ruanas* o *ponchos* oscuros de pliegues misteriosos, y sus tierras las surca el Río Funza, pobrísimo de aguas si se compara con el Magdalena... Un río amarillento, cenagoso, manso, callado, melancólico, que gira y se repliega en meandros caprichosos mientras corre por la Sabana, y que más allá, se precipita hacia las tierras bajas, en poderoso alarde de fuerza y de gracia profunda alada y musical, en el grandioso Salto del Tequendama, que adoraron los indios y que cantan los poetas...

¿Selvas y fieras y luchas trágicas en la Sabana?

No las había, ni las hay... La Sabana está casi toda cultivada y dividida en parcelas, y por lo mismo es como una *colcha loca*... con sus cuadros de legumbres y hortalizas, de maíz, de trigo, de patatas... y sus dehesas de buen ganado manso, ¡importado de Holanda y de Inglaterra!...

Casi podría decirse que nada «tropical» se encuentra en aquellos contornos... Esparcidos acá y acullá, se ven caseríos y pueblos pajizos y *ranchos* indígenas, casucas pardas y humildes de purísimas líneas que se esconden entre los *arbolocos* de esbeltos troncos huecos y ramaje verdeoscuro, entre los sauces llorones, o entre los eucaliptus de follaje que, si los estremece las brisas de la noche, tienen susurros agoreros, o bajo las copas frailunas de los pinos y cipreces importados de España, como lo fueron los eucaliptus de Australia...

¿Fieras y aves salvajes, de mil colores y formas, en la Sabana?

No las había en tiempos de Silva, ni las hay ahora... Allí apenas algún conejillo de Indias salta medroso por ahí, muy rara vez; en los sauces y eucaliptus anidan los gorriones y las palomas: en las aguas del Funza buscan escaso alimento los patos que vienen de los Estados Unidos y el Canadá y van de viaje a la Argentina y al Brasil, y en sus riberas mansas chillan los grillos y las ranas...

Y como la Sabana, sobria y sencilla, está a gran altura y rodeada de páramos, su firmamento está casi siempre gris, o celeste pálido; y el aire que la envuelve, quieto y frío, enrarecido, es como el de México—muerte de cielo, agonía de ángel—, y se carga de una tristeza infinita que penetra las almas de los hombres.

No hay colores vivos en este mundo de las alturas andinas. Allí todo se entumece entre gasas impalpables de gris melancolía... Así les sucede aun a los verdes suaves de los pastos y a los dorados de los trigales maduros... Y por eso, el ambiente de la meseta, como también lo dice López de Mesa, le «imprime al espíritu un ritmo evanescente de intimidad lírica y asordinado escepticismo».

En ese ambiente nació y pasó su juventud José Asunción Silva, el fino, el exquisito, el culto, el estudioso, el inteligente poeta cuyo espíritu tuvo ese ritmo evanescente de intimidad lírica y asordinado escepticismo...

Como Rivera, y sin ser paisajista, fué Silva fiel al ambiente en que vivió, y en él buscó el *motivo* primordial en que ejercitar su honda inspiración. Si se examina con esmero su obra poética—escrita muy a conciencia, calculada, depurada y eminentemente artística—no se hallará en ella tema alguno que no esté en perfecta armonía con ese ambiente, y esto a pesar de que Silva fué un gran lector de las literaturas extranjeras de las cuales, naturalmente, alguna influencia tenía que recibir. Apenas si en un poema, «Muertos», escrito en París, nos habla del «otoño», y en su *Nocturno III*, de la «muerta primavera».

bien por tener la frase un valor simbólico, o porque en Bogotá se dice que su clima es de «primavera», aun sin serlo... Pero no culpemos a los bogotanos, porque... ¡es tan dulce vivir de ilusiones!

José Asunción Silva, que no fué filósofo aunque sí vivió de inquietudes metafísicas y sintió profundamente la preocupación del misterio, fué poeta simbolista de romántica inspiración y de estética muy firme y definida. Ni fué místico, en el sentido estricto de la palabra, ni halló encanto poético en el presente de la vida y de las cosas. Se remontó al pasado, lo pobló de imágenes borrosas—como las nieblas y lloviznas *sabaneras*—y de ternuras inefables, y convirtió el mundo bogotano en un mustio jardín de símbolos que sugieren apenas, sin definirlos, los complejos estados de conciencia que le son característicos y aun peculiares. Es el poeta puro, melodioso creador de sugerencias, siempre fiel a su ambiente y a su raza. *Crisálidas*, *Serenata*, *Vejeces*, *Día de difuntos* y sus maravillosos *Nocurnos*, son poemas todos de raigambre espiritual bogotana, colombiana...

Se ha dicho que *Día de difuntos* es una imitación de *Bells*, el poema de Poe, a quien Silva conocía y admiraba. Lo sería en cuanto a algunas aliteraciones y onomatopeyas... En cuanto a su contenido estético, ¡imposible!

La luz vagá... opaco el día...

La llovizna cae y moja

con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría:

por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja

un opaco velo, de letal melancolía,

y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja

al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,

y al oír en las alturas

melancólicas y oscuras

los acentos dejativos

y tristísimos e inciertos
 con que suenan las campanas,
 las campanas plañideras
 que les hablan a los vivos
 de los muertos.

Y continúa el poema, inquietante, doloroso... Y quien haya estado en Bogotá el 2 de noviembre que todos los años la Iglesia y el pueblo le dedican a los muertos, en plena estación de las lluvias, ese día en que las campanas de más de sesenta templos doblan sin cesar y llenan con sus quejas el aire frío y húmedo, jamás podría decir que el poema carece de fidelidad al ambiente en que se escribió. ¿Y qué del *Nocturno III*, que tan conocido es, por expresar un alto valor universal? Oigámoslo:

Una noche,
 una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas
 [de alas;
 una noche
 en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas
 [fantásticas;
 a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
 como si un presentimiento de amarguras infinitas
 hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
 por la senda florecida que atraviesa la llanura
 caminabas;
 y la luna llena
 por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz
 [blanca;
 y tu sombra,
 fina y lánguida,
 y mi sombra,
 por los rayos de la luna proyectadas,

sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...
Esta noche
solo; el alma

llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...

Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...

Sentí frío, era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.

Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte.
era el frío de la nada.

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra, esbelta y ágil,
fina y lángida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera.

como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de mú-
 [sicas de alas,
 se acercó y marchó con ella,
 se acercó y marchó con ella,
 se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
 ¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras
 [de las almas!
 ¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de
 lágrimas!...

En este admirable poema, de ritmo de «musicales timbres», ora cortos, ora largos, y siempre de gran fluidez, las imágenes son imprecisas, como los conceptos, y todo es íntimo, evanescente, misterioso... En su movimiento—de profundo y sutil dramatismo—se siente algo así como el vuelo de dos aves, unánime y sosegado al comienzo, angustiado y trémulo cuando una de ellas cae herida por la muerte, y lento, muy lento... fatigado al final, cuando la otra se estremece apenas en el dolor y el abandono, sola en medio del negro silencio de la nada impenetrable! Es poesía pura, que nada dice y que todo lo sugiere, y que, en su inefable simbolismo, bien podría considerarse como el angustiado grito discreto de un hombre que ha perdido, no ya a la mujer amada, sino su propio ideal religioso!...

El *Nocturno III*—tan *fin de siècle*—, ha ganado admiradores en todo el mundo. ¿Es un poeta bogotano, colombiano? ¡Claro que sí! Su universalismo no borra ni destruye su colombianidad, antes bien la revela en toda su humanidad. Por lo demás, preguntádselo a un bogotano, o a un *sabanero*, y todos os lo dirán: Nadie que haya vivido y sentido la Sabana y penetrado su alma, puede hoy transitarla en las horas de la noche sin que a su memoria no vengan los ritmos del *Nocturno*, y sin que sus labios no musiten sus versos que tan asombrosamente la interpretan!